

La cobardía es de soberbios



Fernando Torre, msps.

«Nada de perder el ánimo: caes, te levantas, vuelves a caer, vuelves entonces a humillarte y a seguir con nuevos bríos el camino de la virtud, como si fuera el primer día. Nada de amilanarse, que es de soberbios la cobardía. ¡Adelante!»¹

Qué palabras tan estimulantes y consoladoras, tan frescas y fuertes. Se las dice Concepción Cabrera a su hija Religiosa de la Cruz, que estaba tentada de desaliento a causa de sus caídas.

Me sorprende la afirmación: «es de soberbios la cobardía». A primera vista parecería que lo contrario fuera verdad: «es de soberbios luchar» o «es de humildes la cobardía». Pero no; soberbia y cobardía son las dos caras de la misma moneda.

La persona soberbia pierde el ánimo, se amilana y abandona el camino de la virtud, a causa de sus caídas. No soporta verse limitada, pequeña, pecadora (¡qué bochornosa humillación!). Quisiera presumirle a Dios sus conquistas y logros, pero, como no los tiene, prefiere cobardemente abandonar la lucha.

Al contrario, la persona humilde, cuando cae –por la razón que sea–, sin agredirse ni deprimirse, se humilla, ora como el publicano: «¡Dios mío, ten compasión de mí, que soy pecador!» (Lc 18,13) y se levanta. Y «con nuevos bríos» reemprende el camino de la virtud, «como si fuera el primer día». Y si vuelve a caer, repite el ciclo una vez, y otra, y otra...

«¡Adelante!», le dice esa sabia mistagoga a Teresa de María, y nos lo dice hoy a ti y a mí. Sí, ¡adelante!, en compañía de la Virgen María y con la fuerza del Espíritu Santo. «Nada de perder el ánimo» a pesar de nuestras fallas y pecados. «Nada de amilanarse» ante las dificultades y los retos, que es de humildes no darse por vencidos.

¡Adelante!, pues, sin desfallecer, hasta la muerte.

¹ Carta escrita posiblemente en marzo 1913, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 181. Cf. 255.